

Carta a Ramón Fonst

Ramón Fernández Larrea

FLORÉTICO Y MOSQUETERIL RAMÓN FONST:

No le había escrito antes porque no tenía nada que esgrimir. Y también porque estaba en la estacada. Que de estacada a estocada solo hay un puntazo. Hoy, ya retoñado, florecido, agarro el florete por las hojas y me lanzo a fondo con el samurai dando mandobles. No era cosa de dejar a un gran campeón sin palabras, ahora que nos están faltando espadachines, y el juego es a pedrada limpia.

No negaré también que andaba un poco acongojado y se me ponían los congojos en la garganta, desde que me enteré que usted se pasó la vida retando gente, mandándole padrinos a Malanga y el puesto de viandas por cualquier cosa, «siempre que tenía razón» —apunta usted—, pero ¿y si me malinterpretaba o no le acomodaba un gesto mío, quién quita que no llegaran a mi casa un par de señores solemnes, vestidos de prieto, a darme un guantazo en la carótida de parte suya, para presentarme en el campo de honor, con el frío que se manda en los amaneceres duelísticos que se usaban entonces? ¿Quién va a levantarse a las cinco de la mañana para que lo ensarte un campeón de esgrima en medio de los matojos? Creo que por esa razón solo aceptó su reto uno solo, de los más de cien a quien pidió usted reparación de honor.

En la etapa que yo viví, solicitar una reparación era un dolor de cabeza. No sé si el honor lo arreglaban rápido o había piezas. Pero lo que era mi Krim 18, por poquito se pudre en una esquina esperando por el consolidado y su reparación. Sospecho que el honor lo tiraban más a mondongo, y había guasa y guabineo con esa categoría. Es más, le puedo asegurar que se extinguió. Y en otras zonas, reparar el honor venía por la zona vaginal, lo que ya era envaginarsé la dignidad con la reparación, y lo que pudo haber sido noche de amor se convertía —por un ligero atraso mental ahí que nos dejaron los conquistadores— en rotura de aparato, desastre total, acto *cuasi* criminal. En fin, que había que ver en qué dignidad metía uno su honor. O si el amor podría echar a perder honores. Un honor de colchoneta era entonces un Honorato de Bazar. No se olvide de aquella guarachita llamada *El plato roto*, donde se afirmaba, con jocosidad patriótica que «Pancho tuvo que pagar/ lo que rompió Rafael», tal vez porque Rafael sabía dar las estocadas profundas o era más ágil con su florete.

Al menos usted no se andaba con chiquitas —eso siempre es peligroso para lo de la reparación de honores— y le mandó padrinos a personalidades

en Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos. Es decir, no era una guapería de barrio de esas en que llega un tipo a decirte: «Dice Fonst que te va a sonar un gaznatónst, que te espera mañana a las 6 y media en la escalera de El Fanguito. No llevés testigos, que siempre hay un chiva de gratiñán por ahí». No, lo suyo era de altos quilates. Y ahora me explico muy bien por qué reaccionaba la gente tan rápido disculpándose cuando leo su descripción física: «Alto, fornido, de brazos largos como ramas de almendro, su figura no se parece a otra en toda su dimensión». ¿Y así usted quería apearle un machetazo al pinto de la paloma? ¿Usted cree que con ese estalaje de almendrón de Bergerac la gente iba a ir de curiel con sarna para que le hicieran los pespuntos con la cimitarra? Si a eso le sumamos que no solo era campeón olímpico de esgrima, sino que había tenido trofeos y premios en tiro, boxeo francés y ciclismo, ya es un abuso. Lo del boxeo francés, que se llama Pancracio e incluye patadas en las canillas, debe doler igual que el ruso, el americano o el cubano. Un *jaba* la quijá no entiende de idiomas, y uno igual se cae redondo para la lona, sin traductor al lado. Y se hacía usted más peligroso, porque si uno espantaba la mula, allá se iba su mosquetera majestad, en bicicleta, a descerrajarle un navajazo en la nalga al huyente o un tiro en un pie. Si el honor se repara así, yo prefiero a los talabarteros.

Lo innegable es que era usted tan bueno con el acero que daba esgrima. Y en la Francia a donde fue a vivir con su familia, como debe hacerse si uno sable mucho, ya a los 17 años capaba a una guasasa en el aire, todo gracias a su profesor de esgrima, francesillo y casi descendiente de Athos, Porthos y Aramis, de nombre Albert Ayat, que en las Olimpiadas de 1900 le dijo: «Ayat tú con lo que hagas». Y usted, ni corto ni perezoso, le hizo caso, y junto a un italiano llamado Nedo Nadi —que aprendió a espadear por las burlitas que le hacían con su nombre— fue el único cristiano en arramblar con tres medallas de oro en las pruebas individuales. Claro que ya desde los 11 añojos era todo un campeón de florete en ese país, y siguió floreteciendo con la edad, su corpachón y sus mañas.

Todo un campeón, sí señor. El primer latinoamericano. El cubano número uno en coger cajita en esas lides mayores. Eso me pone muy contento, y me hace estar orgulloso pensando que le hubiera ganado al mismísimo Errol Flynn disfrazado de hierbabuena en Robin Hood. Con su tamaño, en aquella escena de la escalera donde Errol intentaba no cometer errores, usted le hubiese dicho: *Jud*, y se le habría caído el cartelito. Y si le fallaba el punzón largo, una patada pancreática en la canilla salvaría la situación.

Campeones como usted son los que necesitamos. No de estos otros que dicen ser Campeones de la Libertad, que siempre me suena muy feo y no sé en qué disciplina deportiva ubicarlos, ni en qué Olimpiada se lo han ganado. Son casi siempre pancreáticos de páncreas y me hacen sacar reflexiones lúcidas a lo Trespatines. Si uno como usted es campeón de esgrima, es porque dejó a los otros sin medallas, ¿no? Pero un Campeón de la Libertad, ¿no habrá dejado sin ella al resto? Yo me conozco uno que tiene que ver con eso. Uno que también se le quiere parecer, retando a todo el mundo. La diferencia es el estalaje de los padrinos que manda, que no tienen nada de caballerosos. Éste de marras esgrime cada cosa que le ronca, pero nunca lo he visto de duelo.

Duele, pero no va al campo de honor. Y hasta la única vez que pudo hacerlo dice que perdió los espejuelos. Ja. El que le digo reta y reta hasta la perreta, y luego envía a otros al corte, que se quiere mucho la vida.

No como usted, que en los Centroamericanos celebrados en El Salvador, en 1935, un periodista habló cáscaras en un articulito y allá se fue a ensartarlo. Pero, mejor lo cuento con sus palabras agudas: «No pude hallarlo y el reto se quedó en el aire... Pero una mañana supe que el Fray Nano se encontraba en Cuba, en la bahía, a bordo del buque Orizaba, y le mandé mis padrinos. Y tampoco apareció». Eso ya es el colmo del colmao, ir a buscar a un tipo por agua, tal vez para retarlo a arpón, con snórkel y patas de rana.

Yo no sé tampoco qué obsesión había en su tiempo con no despeinarse. Kid Chocolate se preciaba de ello, y se cuenta que en 1930, con 46 años, en otros Juegos Centroamericanos celebrados en La Habana, nadie le tocó en diez asaltos de florete y once en espada. Y se retiró por una lesión en un pedal cuando llevaba 5 asaltos ganados.

En la actualidad no pasa igual. La gente de hoy vive orgullosa de que la toquen. Y lo peor es que lo pregonan, y ya van casi 43 asaltos. Todo el mundo dice: «Me tocó el pollo esta mañana» o «a mi sobrina le tocó un viaje a España». Y así te toca el tomate, el aceite, los cigarros, una bicicleta, el *cake* de bodas, los calzoncillos. Te tocan hasta los huevos y nadie se pone bravo. Todo lo contrario. Y si tu mujer es resbalosa, la gente también dice: «A Pepe lo tocaron con limón». O si te promueven en algo, agarras un premio o te vino alguna cosa buena, siempre te ponen un santo de por medio: «¿Viste qué suerte tuvo Juan? Lo santocaron en la pincha». A mí me repugna ese toqueteo. Será que soy de la vieja escuela, aunque hay algo que no comparto totalmente con usted.

En las Olimpiadas de 1904, las de San Luis, donde el Andarín Carvajal llegó cuarto porque se estaba giñando, usted acabó con la mantequilla, es decir, arrasó. Oro en florete individual. Oro en espada individual, y también agarró medalla por equipos. Pero se cuenta lo siguiente de su hazaña en la competición de florete, cuando le tocó luchar contra un tal Post, campeón USA en la modalidad. Ésta es la narración de aquel momento: «Puestos en guardia los combatientes, en medio de un silencio sepulcral, permanecieron midiéndose con la vista por espacio de dos minutos». Hum. Eso no me cuadra. Si a esta altura del milenio se me ocurre estar midiendo con la vista a otro machango durante dos minutos, las malas lenguas se ponen a rodar por ahí. Y eso lleva pollo a la barbacoa. Nadie pierde tanto tiempo mirando a un hombre en estos tiempos. Le salto pa'riba y le sueno un tortazo. Después le mando a mis padrinos para que lo bauticen también a toletazos. Que a lo mejor en ese intercambio de miradas lentas y sostenidas hay hasta promesas de otro tipo de ensartamiento. Y yo no me despeino de esa manera ni por todo el oro del mundo.

Con Cyrano, Dartañán y Errol, esperando que no me rete usted a nada, queda suyo y hecho retazos,

RAMÓN, con el asere enmohecido.